

Nº 9

DISCURSO

LEÍDO POR EL EXCMO. SEÑOR

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

EL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 1887

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS

MADRID

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20

1887

29
DISCURSO

LEIDO POR EL EXCMO. SEÑOR

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

EL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 1887

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS



81.323

B. 1.576

MADRID

EST. TIP. «SUCESOES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20

1887

SEÑORES:

Cediendo á mis gustos é inclinaciones y apartando la mente de los graves problemas sociales y económicos, tan llenos de incertidumbres y conflictos, me propongo exponeros mi opinión sobre el lugar que corresponde á la Poesía lírica en la literatura moderna y emitir mi juicio acerca de algunos de sus más preclaros cultivadores. Forzado por la imperiosa necesidad de concretar mi asunto, porque de otra suerte no cabría tema tan vasto en el espacio de que puedo disponer, no trataré sino de aquellas escuelas que en la hora presente se disputan el favor del público, y de los autores que viven, gozando de merecido crédito en la república de las letras, tan sólo escogeré los muy señalados que por la grandeza de sus concepciones, universalmente reconocida, por la influencia que ejercen en sus respectivos países ó por involuntario error de mi entendimiento, considere dignos de figurar en este sucinto estudio que á vuestra atención consagro.

Tal vez parezca extemporáneo que cuando tan múltiples y complicadas cuestiones políticas y económicas embargan los ánimos, me ocupe en el examen de un punto de crítica meramente literario; pero por lo mismo que todos sentimos á menudo el amargor de la realidad, entiendo que conviene de vez en cuando dar algún esparcimiento al espíritu, dejándole volar libremente por las serenas regiones del arte. Además, de los escarmentados nacen los avisados, y no quiero, tocando las llagas que corroen el cuerpo social, no por indolentes menos malignas, exponerme sin defensa á las pudibundas censuras de las almas débiles, á la indiferencia de los egoístas y á los groseros ultrajes de cuantos están interesados en que el mal arraigue y cunda.

Muéveme también á preferir este tema, á más del atractivo que la materia tiene para mí, el propósito de salir al encuentro de ciertas aseveraciones admitidas como artículos de fe por el vulgo literario, si no el más numeroso, de seguro el más intransigente de cuantos pueblan la superficie de nuestro planeta. Desde que el extraviado naturalismo, al rebasar sus límites con la fuerza de expansión que tienen todo sistema, secta y partido en los desvanecimientos del triunfo, ha extremado sus principios hasta bastardearlos, declarando guerra sin cuartel á la imaginación, y como si la literatura fuese una rama no más de las ciencias naturales, intentando someterla tan sólo al régimen de la observación y del experimento, no hay en parte alguna de Europa crítico ni novelista influidos por la nueva doctrina, que no proclamen con tono dogmático la inutilidad, la decadencia y la inevitable muerte de la Poesía. A semejanza de aquella voz

fatídica que en las postrimerías del paganismo anunciaba por llanos, cumbres y mares la muerte del dios Pan, resuena por donde quiera desde hace algunos años, el grito lúgubre, aunque por fortuna impotente, de los que profetizan, respondiendo á su deseo, la irremediable y próxima catástrofe del Parnaso. Pero no os asustéis, señores, ante este pavoroso augurio, que se repite de boca en boca, como pasa la moneda falsa de mano en mano hasta que alguien la recoge é inutiliza, porque, á pesar de tan desconsoladores vaticinios, la Poesía lírica disfruta de salud excelente, y todavía las Musas, siempre jóvenes, animan con sus armoniosos cantos el camino de nuestra existencia.

No es ésta una opinión exclusivamente mía, que si lo fuera, podría quizás considerarse sospechosa, como nacida al calor de mis más notorias aficiones, no; porque precisamente críticos autorizadísimos, así de España como del extranjero, coinciden en estos momentos en sostener, con razones y datos irrefutables, que la Poesía, después de la Música, es el arte cuyo florecimiento ha sido mayor, más rápido y brillante en el transcurso de la última centuria. Basta observar que en este espacio de tiempo relativamente breve, han resplandecido: en Francia, Andrés Chenier, Lamartine, Alfredo de Musset y Víctor Hugo; en Alemania, Goethe, Schiller y Heine; en Italia, Manzoni y Leopardi; en Inglaterra, Byron y Shelley; en Rusia, Puszkin y Lermontoff; en España, Quintana, el Duque de Rivas y Espronceda; en Polonia, Mickiewicz, Slowacki y el *poeta anónimo* cuya fama crece de día en día; en Portugal, Almeida Garret y Herculano; en Hungría, el ardiente Sandor Petöczi; en Dinamarca,

Æghleschœger, y en Grecia el patriota Alejandro Soutzos : porque es de advertir que durante este magnifico periodo, la Poesía ha hecho vibrar sus alas estrofas, así en los estados libres como en aquellos que gimen bajo el azote de la tiranía. Y cuenta que sólo cito astros de primera magnitud, pues si fuera á conmemorar todos los de segundo orden que han girado en la órbita de nuestro siglo con luz más templada, aunque siempre intensa, apenas serían suficientes las páginas que debo dedicar á mi discurso para hacer, sin comentario alguno, la sencilla enumeración de sus nombres.

La Poesía se ha engrandecido en nuestros tiempos, porque ha conseguido, por fin, romper los moldes en que había estado contenida y ha vuelto en todas las naciones á los antiguos cauces populares, de donde la había desviado el arrollador impulso del Renacimiento. Antes de que esta inmensa revolución surgiera, la Poesía europea presentábase ruda, indecisa en sus creaciones y torpe en sus movimientos; no había encontrado aún su forma apropiada, ni las lenguas en que balbucía sus primeros vagidos habían alcanzado completo desarrollo; pero en cambio era nacional, corría por sus venas sangre del pueblo, y procuraba ser eco fiel del estado social, religioso y político del país en que se desenvolvía. Dante, por ejemplo, hacía resonar en su terrible poema las pasiones, las iras, los anhelos, hasta la ciencia de su patria y de su siglo; y en nuestros cancioneros, en el *Poema del Cid*, en el épico Romancero, palpitaba el espíritu emprendedor, tenaz, indomable y heroico de la raza española que más adelante había de pasear su armas por el mundo. Pero el Renacimiento, cuyo

influjo ha sido tan provechoso para el progreso en general, vino, deslumbrando á los ingenios con su regia pompa, á torcer la dirección que las nacientes literaturas seguían, y á facilitar á la Roma cesárea su última victoria sobre los pueblos que antes la habían vencido y heredado. Hermoseó, es verdad, y pulió, el estilo; arrebató á la palabra, como medio de expresión, sus más recónditos secretos; enriqueció la métrica, y aclaró los horizontes del arte, sumido aún en vago crepúsculo; pero también es cierto que haciendo caer á la Poesía y la Pintura en la estática contemplación de los modelos antiguos, las sustrajo en absoluto de la vida real. La imitación servil de las obras maestras de griegos y latinos reemplazó á la espontánea, aunque tosca, originalidad de las literaturas indígenas; los poemas homéricos y virgilianos, las odas pindáricas y horacianas, las églogas y anacreónticas, resucitaron con morbosa exuberancia en los idiomas vulgares; y mientras se resolvían en el siglo xvi y en los siguientes los más arduos problemas de la conciencia, ya en las controversias religiosas, ya en los campos de pelea, la Poesía, indiferente á estos febriles sacudimientos, se entretenía reproduciendo fábulas mitológicas, celebrando hazañas portentosas de héroes imaginarios, poblando vegas y bosques de sátiros, zagales, ninfas y pastoras, y describiendo cuadros fantásticos en donde todo aparecía falsificado: la tierra y el cielo, el hombre y la Naturaleza. Pocas veces intervino entonces, y cuando incidentalmente lo hizo, fué por modo artificioso y salpicado de reminiscencias paganas, en los sucesos trágicos ó faustos que á su vista se realizaban: las alteraciones de la Reforma, las grandezas

y los horrores del fanatismo, las guerras por el dominio del imperio, hasta el descubrimiento de América, hechos son que pasaron para las Musas, si no inadvertidos, por lo menos tibiamente y en forma inadecuada cantados; y al compás del estrépito de las batallas, al resplandor de las hogueras, entre el tumulto de las tradiciones que se derrumbaban, la Poesía, cubierta con su pellico clásico, lanzaba á los vientos tempestuosos de su siglo el son del rústico caramillo, ó refería, disfrazada con vestiduras olímpicas, las livianas aventuras de dioses destronados. Concretándonos á España, porque si dilatara la esfera de mis observaciones me faltaría lugar y tiempo para consignarlas, ¿quién es capaz de adivinar en los versos de nuestro Hurtado de Mendoza al hábil diplomático y experimentado político que medió, como representante del Emperador invicto, en los más trascendentales acontecimientos de la época, ni quién conoce en las estrofas del dulcísimo Garcilaso, al soldado valeroso de aquella edad de hierro? Leyendo las composiciones de tan clarísimos poetas y de sus coetáneos menos ilustres, no es fácil formarse idea del período histórico en que escribieron ni de las turbulencias de la sociedad en que se agitaban; y al oír la apacible suavidad de sus descripciones, así como los almibarados conceptos de sus zagales, ninfas y sátiros, se admira uno de la fuerza de abstracción de aquellos genios soberanos, cuya fantasía, extraña á todos los ruidos del mundo, llegaba hasta convertir en arroyos de leche y miel los ríos de sangre que en tan borrascosos días inundaban la tierra, entregada á todas las discordias y violencias de los hombres.

Tuvo entonces el renacimiento clásico el en-

canto de la novedad y la sorpresa. No porque permaneciese por completo extraño á las apasionadas luchas de sus coetáneos, es lícito negar que aportó al caudal del arte valiosos elementos estéticos, estableciendo cánones de buen gusto, que nadie ha podido destruir hasta ahora, y enseñando al poeta y al artista la forma con que debe revestir sus concepciones para hacerlas inmortales. Esto explica la boga general que obtuvo, la atracción que ejerció sobre todas las inteligencias superiores, hasta en el seno mismo de la Iglesia, y el ímpetu con que se propagó, sólo comparable á la invasora velocidad del incendio.

La fascinación producida por esta inmensa explosión del espíritu, si bien duradera, no lo fué tanto como el profundo surco que abrió en todas las literaturas de Europa. Cuando pasado el primer hervor del entusiasmo que despierta siempre en las almas juveniles la inesperada contemplación de la belleza, la edad, el preceptismo y el uso acabaron de gastar la majestad de las formas clásicas, empezó á caer en la cuenta de que éstas sólo cubrían el esqueleto de una civilización incompatible con la nuestra; pero tan fuertemente habían arraigado sus dogmas en la Poesía lírica, que siguieron, sin contradicción apenas, prevaleciendo durante trescientos años en todas las naciones cultas. Mas ¡ay! á medida que el tiempo corría, las escenas bucólicas y las fábulas del paganismo iban debilitándose como la luz de las estrellas cuando apunta la claridad de la aurora, y las Musas fueron cayendo en un amaneramiento lánguido é insulso. Las selvas mitológicas no tuvieron ya el verdor de la primavera, sino la fría desnudez del invierno. Los pastores y faunos

que las poblaban envejecieron ó quedaron inválidos; los héroes se sintieron decaídos; los dioses degradados, y hasta el coro de hermosas ninfas que, con el cabello suelto y coronadas de rosas, entonaban suavisimos himnos en loor de Venus, concluyó por parecer un aquelarre de brujas histéricas, únicas adoradoras de aquella Diosa del amor, ya deforme y caduca. Encerrada en marco tan estrecho, la Poesía lírica vino á caer á fines de la anterior centuria en la postración más extrema. Falta de ideal, de invención y de númen, no llegó á ser, fuera de las obras de algunos poetas excepcionales y entonces poco comprendidos, más que una repetición monótona de odas pueriles, madrigales ingeniosos, pero baldíos, anacreónticas ridículas y églogas é idilios en donde siempre, á la sombra de los mismos árboles y en la orilla de los mismos arroyuelos, lloraban sus desdenes ó celebraban sus paces Batilos insípidos y Filis melindrosas.

Sólo el ímpetu vertiginoso que en estos últimos cien años ha trastornado la faz del mundo, removiéndole hasta el fondo de sus entrañas y arrancando de él, como el huracán descuaja los árboles seculares, costumbres, creencias é instituciones que se habían creído eternas, pudo sacar á la Poesía de la estéril flaqueza á que había llegado. El fragor de las revoluciones despertó á las Musas de su letargo, y como los intereses que se debatían eran tan trascendentales, les fué imposible permanecer inactivas en medio de un sacudimiento que nada respetaba: ni el orden establecido, ni la fe, ni la autoridad, ni la tradición. Tomó, pues, la Poesía partido entre los beligerantes, y arrebatada por la grandiosidad de los sucesos que á sus ojos se desarrollaban,

aumentó, para responder á las nuevas emociones que sentía, las sonoras cuerdas de su lira, ó más bien, su lira se transformó en orquesta. Nada hubo desde entonces vedado á su inspiración: lloró con los vencidos, animó á los vencedores, dudó con los que dudaban, creyó con los que creían, cantó las catástrofes y los triunfos en que había intervenido, y penetró en los más oscuros repliegues de la conciencia para sorprender sus secretos y vacilaciones. ¿En qué campo ha dejado de oírse su voz? ¿En qué batalla no ha hecho centellear la *espada del canto*? Ella ha sido, y es todavía, gemido para todos los dolores, consuelo para todos los infortunios, ariete contra todas las tiranías, refugio para todos los cansancios del cuerpo y del espíritu, bálsamo para todas las heridas, eco de todas las ideas y estímulo para todos los atrevimientos. Donde quiera que se lucha allí está la Poesía; no hay palpitación del alma que no recoja, ni manantial de aguas dulces ó amargas en que no beba, desde el que, brotando del cielo, llena el corazón de místicas alegrías, hasta el que, naciendo de una desesperación profunda é incurable, nos hace sentir la *infinita vanidad del todo*, es decir, de la vida, del mundo y de Dios. ¿No es cierto que cuando la Poesía influye tan eficazmente como en nuestro siglo, en las diversas y múltiples manifestaciones de la inteligencia, encontrándosela en todas partes donde se ama, se aborrece, se piensa y se siente, hay motivos para reírse de aquellos entendimientos obcecados que nos la describen como agitándose con los postreros estremecimientos de la agonía?

Pero, no es nuevo, aun cuando nunca ha revestido los caracteres de ensañamiento que en este

periodo presenta, el afán de asaltar los alcázares de la Poesía para aniquilarla, y en varias épocas, y bajo diversos aspectos, ha surgido esta malquerencia en el tono de la sátira y del menosprecio. Mas entonces, como ahora, la Poesía ha seguido su imperturbable camino desoyendo las vociferaciones del odio, y ejerciendo su incommovible soberanía sobre todas las literaturas, como lo revela el hecho de que desde los tiempos primitivos hasta los actuales, el genio de cada pueblo haya encarnado en la invención de algún altísimo poeta. Los himnos védicos y el *Ramáyana* son los símbolos de las civilizaciones indias; Homero, de la helénica; Virgilio, de la latina; y en las naciones modernas, Dante es la expresión más augusta de la inspiración italiana; Shakespeare y Milton descuellan como dominadores en las más elevadas cumbres del Parnaso inglés; Cervantes, Lope y Calderón son los dioses mayores de las letras españolas; Corneille y Molière, de las francesas; Goethe y Schiller, de las alemanas, y Camoens fulgura como un sol sin ocaso, sobre las glorias de Portugal. La Poesía, pues, ocupa el puesto más preeminente entre las creaciones literarias de la humanidad, con tan respetuoso y general acatamiento, que es frecuente decir, cuando quiere designarse á un país con el título más halagüeño para su orgullo, la patria del Dante, la patria de Goethe, la patria de Corneille, la patria de Calderón.

Hay más: si no temiera que me acusarais de exagerado, aun me atrevería á afirmar que los que más resisten la ola arrolladora del olvido son los poetas, los historiadores y los filósofos, ó lo que es lo mismo, la fantasía, la memoria y la facultad re-

flexiva del mundo. Las demás producciones de la inteligencia que no corresponden á estos tres géneros superiores, tienen mayor ó menor resonancia cuando aparecen, pero su duración en las sociedades humanas suele ser efímera, y pasan desvaneciéndose gradualmente, hasta perderse por completo, como las notas, primero estrepitosas, y luego sordas y apagadas, de una música que se aleja.

Permitidme que en apoyo de mi aserto, para muchos de vosotros quizás aventurado, os recuerde lo que acontece con la novela, cuya existencia, semejante al relámpago, es, por lo común, tan luminosa como fugitiva. Muy lejos estoy de escatimar los incontestables méritos de este género literario, que es la expresión más exacta de los diferentes estados sociales por que los pueblos pasan y el espejo en que más claramente se reflejan sus costumbres, sus sentimientos, sus ideas, sus esperanzas, sus desencantos y hasta sus aberraciones. Su importancia es tal, que sin su auxilio, tan necesario acaso como el de la Historia, sería imposible explicarse las incessantes transformaciones de la especie humana, ni reconstruir en nuestro pensamiento las sociedades que han desaparecido. Pero por lo mismo que es la expresión real de las cosas transitorias, no siempre la favorable acogida que le dispensan sus coetáneos, inteligentes, aunque no desinteresados, apreciadores de la exactitud con que los retrata, obtiene la sanción inapelable de la posteridad. Lejos de esto, envejece pronto en manos de gentes nuevas, incapaces de estimar en su legítimo valor las delicadezas de observación que la obra contiene sobre tipos, caracteres, prejuicios y contiendas de otra edad, y siendo cada vez menos leída, va

quedando sólo como documento de consulta ó base de estudios retrospectivos para el erudito, el filósofo y el historiador.

Cada generación procura tener su espejo propio, y prescinde, sin reparo, de aquel que no reproduce ya con fidelidad lo que es ó pretende ser mientras cruza por este valle de lágrimas. Bien sé que los sentimientos humanos han sido, son y serán perpetuamente los mismos; pero en cada época tienen diversos modos de manifestarse, según el régimen social, religioso y jurídico que los encauza y dirige. Estas variaciones, meramente formales, no alteran, es cierto, los sentimientos en su esencia, aunque sí los disfrazan y desfiguran de tal suerte, que cuesta trabajo comprenderlos, y los más respetables aparecen acaso ridículos cuando se los contempla al través del tiempo y de la distancia. Son como los trajes que ajustan á nuestro cuerpo los caprichos de la moda; insensiblemente la moda misma va modificándolos, y llega un día en que, al examinar los viejos figurines, asoma á nuestros labios la risa, sin que acertemos á explicarnos los inverosímiles y extravagantes gustos de nuestros predecesores. La novela, más que ninguna otra creación literaria, incluso el teatro, recoge hasta en sus más insignificantes pormenores la parte externa de la vida, y esta fuerza de asimilación, que es, sin duda, la causa principal del afán con que sus contemporáneos la saborean, contribuye en la misma medida á hundirla en la indiferencia cuando el curso de la civilización transforma el medio ambiente en que la obra se produjo. No oculto ni niego, porque expongo de buena fe mis opiniones, que muchos libros de esta especie, bien por la intención honda que los ha dictado, bien por la sin-

cera emoción con que están escritos, ya por la pasmosa verdad de sus caracteres, ya por el progreso que determinan en las lenguas, han conquistado y conservan en sus respectivas literaturas honorífico lugar; pero estas excepciones, siempre limitadas, si se considera la abundancia del género, no contradicen la ley que le condena á muerte prematura y definitiva.

Los menos versados en la historia literaria pueden confirmar la exactitud de mi juicio, con sólo recordar la boga que alcanzaron en otros tiempos los libros de caballería. ¿Qué ha quedado de aquel enorme fárrago de obras más ó menos indigestas, cuya reputación fué tan general en toda Europa, y cuyo contenido, repleto de maravillosas aventuras, devoraban con delectación príncipes, clérigos, soldados y menestrales? Unas cuantas páginas de referencia y crítica en los anales de la literatura, y un centenar de volúmenes empolvados, que los bibliófilos rebuscan con ansia, no por su valor intrínseco, sino por su singular rareza. En resumen, no queda nada. Digo mal: queda el extraordinario libro con que los redujo á perpetuo silencio nuestro inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, uno de los más grandes poetas, si no el mayor, de la era moderna, porque es el que mejor ha sabido amalgamar y fundir, como la misma Naturaleza, la idealidad del espíritu con la realidad de la materia, y el que más acabado retrato nos ha ofrecido de ese ser híbrido, como los centauros y sirenas de la fábula, compuesto de ángel y de bestia, á quien Dios ha confiado el imperio del mundo.

Pero sigamos adelante en la comprobación de mi tesis. En los comienzos del siglo de oro de

las letras francesas, fecundos escritores se consagraron al cultivo de la novela, que, como hoy sucede, absorbió por completo la curiosidad de las gentes doctas é indoctas. Jamás autor alguno ha obtenido admiración tan sincera ni tan caluroso aplauso como los que arrancaron de sus coetáneos, Honorato d'Urfé, Calprénade y Mlle. de Scudery, los más célebres representantes de aquel movimiento impetuoso. No eran los espíritus frívolos, como observa muy oportunamente un crítico extranjero, ni los jóvenes y las mujeres los únicos que se extasiaban ante aquellas obras, que se creían magistrales. El sabio Huet, obispo de Avranches—añade el discreto escritor á quien aludo—se volvía loco leyéndolas; el obispo Godeau deliraba también por ellas; el elegante Flechier se las recomendaba á sus diocesanos; Mascarón citaba en el púlpito á sus autores entre San Agustín y San Bernardo; Menage los colocaba sin escrúpulo al nivel de Homero y Virgilio, y el mismo Lafontaine calificaba algunos años después al más antiguo de ellos, Honorato d'Urfé, como á uno de los entendimientos peregrinos de que podía envanecerse Francia. Multiplicábanse las ediciones de estos libros, cuyo crédito traspasaba montes y mares; traducíanse con pomposo encomio en todas las lenguas; eran, en fin, la delicia de las cortes, el recreo de los sabios y el embeleso del vulgo. De seguro habéis oído hablar, aunque también de seguro nunca las habréis hojeado, de la *Astrea*, del *Ilustre Basa*, del *Gran Ciro*, de *Clelia*, de *Cleopatra*, de *Cassandra*, y de otra multitud de novelas de la misma índole, que el gusto y las costumbres de su época miraban con entusiasmo mayor todavía que el que

excitan entre nosotros las creaciones de Zola y sus secuaces, ya muchos de ellos arrepentidos. ¿Qué ha recogido la posteridad de estas obras que fueron, como he dicho, el asombro de algunas generaciones? Nada. Hoy ni se leen, ni se estudian, ni se comentan, porque el desdén universal, aunque quizás no completamente justificado, las ha sepultado en el más obscuro rincón del olvido.

Suerte análoga cupo á las fábulas pastoriles, y tampoco fué más afortunado el turbión de interminables novelas inglesas que en el segundo tercio del siglo último inundó á Europa, haciendo derramar raudales de lágrimas á la mitad del género humano á quien le daba entonces por ser sentimental y pudoroso, como hoy le da por ser escéptico y despreocupado, con obras como *Pamela*, *Clarisa Harlowe*, *Carlos Gradisson* y otras semejantes. El efecto causado por estas producciones en la generación que gozó de sus primicias, es indescriptible, y acaso no del todo inmerecido, si se atiende á la opinión que un crítico tan severo y descontentadizo como Taine ha expuesto sobre algunas de las más importantes de aquellas creaciones. Y, sin embargo, ¿quién las lee ahora? Ni siquiera les ha valido para retrasar un minuto más la hora de su muerte, la eficaz recomendación de Voltaire, tiránico dispensador de la gloria en el siglo XVIII, el cual ponía religiosamente varios de estos libros sobre su cabeza. Pero ¿qué más? Cuantos empezamos á doblar el cabo de la vejez, tenemos aun presente la fiebre con que en nuestra juventud se solicitaban las novelas de la inspirada y animosa pléyade de escritores que dió á luz la revolución romántica de 1830. La aparición de cada una de estas obras era un

acontecimiento, como se dice en la jerga moderna; los periódicos se las disputaban á precio de oro, y algunos, como el *Constitutional* y la *Presse*, labraron la fortuna de sus editores, ofreciendo la novela de moda á la voracidad pública, en folletines que arrebatava la multitud. Millares de ejemplares, impresos en todos los idiomas, corrían como desatados ríos por ambos continentes, y en volúmenes lujosos ó en humildes entregas invadían lo mismo la mansión del magnate que la guardilla del jornalero. Han pasado desde entonces muy pocos años de este siglo que va tan de prisa, y ya tan sólo algunos devotos del tiempo viejo, que mantenemos viva la memoria de aquella edad y el culto de aquellos autores ilustres, nos deleitamos con sus recuerdos. Otras generaciones amoldadas á nuevas costumbres, movidas por distintos impulsos y aguijoneadas por diferentes ideales, si es que tienen alguno, han ocupado el lugar de aquella que con tanto afán los leía, y si todavía se repiten sus nombres, porque no se han extinguido aún los ecos de la popularidad que se granjearon, ¡cuán grande no es la distancia entre el entusiasmo que excitaban entonces y la hostil frialdad con que ahora, quizá sin estudiarlos, se los juzga! Pero en cambio, al paso que los novelistas, desaparecen como sombras, brillan aún los poetas de aquel extraordinario movimiento romántico, llenos de vida y radiantes de gloria. Francia se acuerda con cariño de Alfredo Musset, y ha deificado á Víctor Hugo; Inglaterra construye por acciones un lujoso teatro, donde los muchos entusiastas que han contribuido á la edificación, se dan por bien pagados con asistir á las representaciones privadas de un poema dramá-

tico de Shelley, *Los Cenci*, más grande por los primores de su estilo que por sus condiciones escénicas; Alemania convierte á Goethe en un dios olímpico, tributándole fanático culto, y vuelve su rostro enternecido hacia el pobre é inspirado Heine, á quien trató en vida con austero desvío; Hungría erige una estatua á Petœfi, en medio de públicas y regocijadas fiestas; el municipio de Milán, interpretando los deseos de toda Italia, adquiere la casa donde vivió Manzoni, conservándola con el piadoso respeto que inspira un templo; Rusia misma, la nación más refractaria en estos días á las manifestaciones poéticas, alza ostentoso monumento á Puszkín, sólo con el producto de una edición económica de sus obras, agotada en dos semanas; Polonia, la decaída Polonia, ya casi resignada con su yugo, merced á la acción corrosiva del materialismo que la envenena, honra á Adán Mickiewicz con una estatua en Posen, un busto en Roma, una lápida conmemorativa en la casa que habitó en Carlsbad, y un mausoleo en Montmorency, donde reposan sus restos; y por donde quiera que volvamos los ojos vemos avivarse el fervor, cercano á la idolatría, que todos los países sienten y conservan por sus excelsos poetas antiguos y modernos.

Nada tiene de extraño esta adoración, porque la Poesía deja siempre tras de sí huella indeleble, como es fácil demostrar sin salir siquiera de España. Pocos serán nuestros compatriotas medianamente ilustrados que no hayan leído, ó por lo menos, que no hayan oído celebrar las más hermosas composiciones del Parnaso patrio, y son muchos los que pueden recitar de memoria, siguiendo la ilación de los tiempos, versos de Garcilaso, lirás

de Fray Luis de León, estrofas de Herrera, tercetos de Rioja, octavas de Ercilla, sonetos y romances de Quevedo, odas de Quintana, cantos de Espronceda y leyendas de Zorrilla. Privilegio es éste sólo otorgado á la Poesía, porque serán contados los españoles de ambos hemisferios que, como no sea del *Quijote*, se aprendan, no digo capítulos enteros, sino trozos sueltos de ningún libro de amena literatura: mientras que los mismos impugnadores de la más creadora de las artes, la rinden á menudo involuntario homenaje, haciendo citas en verso, con preferencia á las citas en prosa, cuando conversan, peroran, escriben ó enseñan; y es natural que así suceda, porque el concepto acerado por el metro y la rima, es como saeta que se clava rápida y profundamente en el entendimiento.

Como consecuencia de esta singular predilección, que no es exclusivamente nuestra, puesto que en todos los países se manifiesta con caracteres idénticos, no hay quien no admire la série de nuestros poetas, dignos verdaderamente de este título, desde el siglo de oro á nuestros días, y los nombres de Lope, Caro, Arguijo, Góngora, los Argensolas, Meléndez Valdés, Gallego, Duque de Rivas y otros muchos que no expongo por no alargar mi relato, se repiten á cada paso en la cátedra, en la prensa, en el libro, en el trato social, en las Cortes, hasta en el templo. Mas ¿quién es capaz de recordar de pronto el considerable catálogo, no menor que el de los poetas, de los novelistas que abruma las páginas de nuestros anales literarios en el período comprendido entre el siglo xvi y el nuestro? Vosotros, tan dados al estudio, me hablaréis, tal vez, de algunos justamente célebres, como Hurtado de

Mendoza, Alemán, Espinel, Salas Barbadillo, etc.; mas vuestra enumeración repentina no pasará adelante, ni podríais afirmar con plena seguridad, que la mayoría del público sabe á punto fijo quiénes son, que se extasía con sus obras y que éstas viven en su pensamiento.

Pero ¿por ventura—me diréis—la Poesía se exime de la ley general é ineludible, que sujeta todas las cosas creadas á la vejez y la muerte? ¡Ay! demasiado sé que la gloria póstuma es tan pasajera como el último rayo de luz de una estrella que se apaga, el cual dilata más ó menos su fulgor, según la distancia que debe recorrer hasta hundirse en las sombras eternas. Quede sentado, pues, que en todo cuanto digo no me refiero á una inmortalidad en que no creo, sino á la duración, mayor ó menor, de las frágiles obras del hombre.

Todas las generaciones llevan y sufren la parte de dolor que corresponde á su tiempo, y cada ser humano participa de este dolor colectivo en la medida que su capacidad física y moral se lo consiente. Cuando el malestar de una época se individualiza en las obras de la inteligencia, gana, ciertamente, en intensidad para aquellos que se encuentran en circunstancias idénticas ó análogas á las que se describen; pero casi pierde su interés ó se hace menos comprensible para los que le sufren en cantidad ó forma distintas. Sólo la Poesía puede, conmoviendo al lector, dar carácter de impersonalidad á los sentimientos generales de la edad en que canta, y transformarlos, permítaseme la frase, en una especie de fluido que, como la luz y el aire, penetre en todas las almas y se desparrame por toda la tierra.

Arte maestra por excelencia, puesto que contiene en sí misma todas las demás, cuenta para realizar estos fines con medios excepcionales: esculpe en la palabra como la escultura en la piedra; anima sus concepciones con el color, como la pintura, y se sirve del ritmo, como la música. Semejante al gemido, que no sólo expresa, sino que señala los grados de dolor con absoluta precisión, sin necesidad de analizarlo y describirlo, la Poesía, emancipándose en cuanto es lícito de las imposiciones sociales, tan pronto traídas como llevadas por el oleaje de los años, extrae del sentimiento humano su esencia más pura y, por tanto, más universal.

No contraría su naturaleza mezclándose, como es forzoso—dados los tiempos revueltos que corren, en los cuales toda neutralidad del entendimiento es imposible, y aun suponiendo que no lo fuera, sería egoísta y cobarde—con los temores, creencias, dudas, pasiones, esperanzas y desmayos del siglo, porque su intervención en la vida no recae tanto, como antes he dicho, sobre los hechos puramente externos, cuanto sobre los sacudimientos interiores del espíritu. No investiga friamente, como la filosofía, la historia y la sociología, las causas determinantes del estado social, ni pretende exponer, siguiendo el método analítico de la novela contemporánea, los resultados que, con relación á las instituciones, á los vínculos legales, á los intereses tradicionales y á las costumbres, producen las hondas revoluciones que sucesivamente nos arrastran. No es la copia minuciosa, en muchas ocasiones implacable, de nuestra existencia, trazada con el criterio cada vez más pesimista y grosero de una sociedad en cuya conciencia va debilitándose por

momentos la confianza en Dios, ni tampoco la comprobación experimental de las teorías científicas, que hacen del hombre el ser menos libre y más enfermo de la creación, sometiéndole á la fatalidad del organismo, de la herencia y del temperamento, cien veces más inexorable y ciega que los Hados antiguos. La Poesía no es nada de esto, y es, sin embargo, la emanación de todo esto, como no es la luz, el calórico que de su foco despide, ni el cadáver, el hedor que se desprende de él, ni el mar, la bruma que de su vasta superficie se eleva. Es, más bien, la onda continua y sonora que resulta del no interrumpido choque de los intereses y sentimientos terrenos, y que tan diversificada como los contradictorios elementos de donde procede, llega á nuestra inteligencia en forma de queja ó de diti-rambo, de plegaria ó de blasfemia, de dolor ó de regocijo, de fe ó desesperación.

Tal es fundamentalmente la razón de su prestigio, y por eso, no obstante los pronósticos de sus detractores, no morirá mientras conturben nuestro ánimo deseos irrealizables, anhelos indefinibles, aspiraciones ideales hacia un porvenir mejor, y rebeldías contra las brutalidades del hecho que en la realidad de la vida á menudo nos confunden y aplastan. Porque aun aceptando la hipótesis de que estas manifestaciones no sean más que los síntomas de un estado social patológico, según pretenden los apóstoles de determinadas doctrinas, todavía, como la dolencia, lejos de disminuir tiende de día en día á propagarse, es de esperar que la Poesía, expresión de esta incurable enfermedad nuestra, dure, por lo mismo, tanto como el mundo.

Pero hay críticos que no van tan allá y que, no

atreviéndose á decretar, por temor de que el reo se burle de la sentencia, la decapitación de la Poesía, impugnan su forma y profetizan la muerte del ritmo, del metro y de la rima, estando la prosa, según ellos, llamada á ser, en plazo más ó menos próximo, la única encarnación de las ideas. Es, en efecto, la prosa el instrumento más poderoso con que Dios ha dotado á nuestra especie para que, armada con él, penetre al través de las edades, desbrozando su camino, como el leñador que hacha en mano se entra por selvas vírgenes y desconocidas, derribando los gruesos troncos y espesos matorrales que dificultan su marcha. La prosa, el *verbo* lógico y radiante, tiene méritos que nadie puede negar; con él el hombre se revela, piensa, ama, especula, enseña, descubre, dilata, en fin, su ser, y si un día le faltara, aun cuando Dios le hubiese dado su omnisciencia, acabaría por caer en las densas tinieblas de la ignorancia. La prosa posee, dentro de sus condiciones peculiares, majestad, número, armonía y elocuencia, y en sus dilatados términos cabe la humanidad entera con todo lo que ha sido, lo que es y lo que será hasta la plenitud de los siglos. Pero por lo mismo que es tan superior y dominadora, parece como que amengua su grandeza, cuando prescindiendo de sus régias vestiduras, cubre su cuerpo con otras poco severas y que cuadran mal á su complexión robusta.

¿Conocéis, señores, nada tan ridículo como la prosa complicada, recargada de adornos, disuelta en tropos y figuras que, olvidándose de la sencillez inherente á su nativa hermosura, sale á lucir en periódicos, discursos y libros, como matrona poco cuidada de su recato, que se afea y desdora con

afeites y atavíos inmodestos? Yo, por mi parte, debo confesar que cuando leo alguno de los libros que tan de moda puso, primero en Francia y después en el resto de Europa, el movimiento socialista de 1830 á 1848, hinchados, ampulosos, metafóricos, *poéticos*, como entonces se decía, me siento rendido de cansancio y necesito para restaurar mis fuerzas volver á recrear mi espíritu con el período amplio, claro y sereno, como la onda de un río, en que Bossuet, por ejemplo, desarrolla su *Discurso sobre la historia universal*, ó con la frase ingénua, diáfana y persuasiva en que expone sus afectos místicos nuestro egregio Fray Luis de Granada. Así como no hay nada tan insoportable para mí como la *poesía prosaica*, en la cual creo ver á una princesa que recibe corte con el cabello desmelenado, el manto desceñido y en zapatillas, así tampoco hay cosa que me parezca tan opuesta al buen sentido como la *prosa poética*, ó lo que es lo mismo, la prosa pintorrejeada, descoyuntada, con alitas de ángel y faldellín bordado de lentejuelas, columpiándose y haciendo ejercicios en el aire, entre tropos, imágenes, antitesís é hipérboles, como un acróbata en la cuerda floja.

Por lo demás, suprimir el metro, el ritmo y la rima, sería, por más que de otro modo piensen cuantos sostienen que la prosa sirve para todo, tanto como matar á traición la Poesía, la cual tiene su forma adecuada, no artificiosa, sino espontánea y característica, como la prosa misma. El acento rítmico, tan antiguo como el hombre, está en su naturaleza; parte de su corazón, que ordena los movimientos de la sangre, y brota de él como la frase suelta y libre surge del fondo del pensamiento.

La música, la más indecisa, y por eso mismo la más conmovedora de las artes, ha nacido de la palabra métrica, como no se suponga que el hombre primitivo ha expresado sus alegrías, sus penas, sus amores y sus triunfos con gritos inarticulados como los rugidos de la fiera. El niño, por instinto, propende á rimar las primeras frases que balbuce; por instinto también, rima el rústico sus refranes y sentencias. Antes de que los pueblos escribieran su historia, la cantaron; el recuerdo de sus orígenes, las hazañas de sus héroes, la satisfacción de sus victorias, los beneficios de sus dioses han palpitado primero en sus canciones que en sus libros. El hombre, en fin, ha cantado y cantará mientras subsista sobre el haz de la tierra, en los países más salvajes y en los más cultos, en todas las latitudes y en todas las civilizaciones; y para dar á sus afectos cadencia y número, ha combinado, acompañado y medido su palabra, como obedeciendo á la ley de la armonía y del ritmo que rige la creación entera.

Pero no es, en verdad, digna de mayor reparo la manía—porque otra calificación no merece—de los intransigentes que con tan desusada saña acometen á la Poesía; y como me acosa el deseo de llegar cuanto antes á la segunda parte de mi programa, desisto de seguir adelante en mi impugnación, y entro á exponeros mi juicio, sin prevenciones de escuela, sobre algunos de los más celebrados poetas de nuestra edad.

Apartándome de la senda trillada, no comenzaré mi examen por Francia, acostumbrada á todas las preferencias, incluso á las de la crítica, porque en muchas cosas, pero singularmente en cuanto

se refiere á la república de las letras, no siempre la preponderancia de una nación es signo evidente de justa primacía. Francia, por la divulgación de su lengua, por la situación que ocupa en Europa, por el influjo que tradicionalmente ejerce en todos los pueblos del viejo continente, es hace siglos la maestra del mundo. Ella le impone sus modas, sus sistemas, hasta sus caprichos; y es forzoso reconocer que frecuentemente los anchos cauces por donde envía á los demás países el caudal de sus conocimientos ó de sus gustos, no llevan aguas limpidas y cristalinas, porque alguna vez también arrastran en su corriente—como quizás en estos momentos sucede—el légamo de una civilización que en el exceso de su refinamiento ha llegado á todos los extravíos, á todas las excentricidades y corrupciones de una vejez impúdica y gastada.

Principio, pues, mi estudio por Inglaterra, que en el trascurso de los últimos cien años es, á mi modo de ver, la nación en donde la Poesía lírica se ha elevado á más envidiable altura. Un célebre crítico, abundando en una opinión expuesta por mí hace tiempo y en distinto lugar, sostiene con copia de razones y de datos que los eclipses literarios son rarísimos en la Gran Bretaña, y que, merced al aura vivificante de la libertad que todo lo rejuvenece en aquel pueblo, apenas el curso de la vida arrebatada entre sus veloces ondas una generación poética, cuando se ve apuntar por Oriente otra nueva, no menos inspirada que la que ha desaparecido. En Inglaterra, como en ningún otro estado de Europa, la Poesía recorre toda la gama del pensamiento, desde las angustias del alma mística y apesadumbrada que, huyendo de las miserias

del mundo, vuelve sus ojos hacia la patria celestial, hasta los gritos de furor de la materia ensoberbecida que se encara con Dios y le maldice y le execra. «No hay poesía—dice Taine con profundo sentido—que valga lo que la poesía inglesa; que hable tan fuerte y claramente al alma, ni que la remueva más á fondo, ni que traduzca mejor con palabras, henchidas de ideas, las sacudidas y arrebatos del ser interior.» Su variedad es infinita. ¡Qué diferencia no existe entre las vaporosas creaciones del *preraphaelismo*, representado por el pintor y poeta Rossetti, que intenta implantar en la literatura inglesa el espíritu italiano de la Edad Media, con sus figuras de mujer tan suaves y angélicas como si hubiesen sido arrancadas de los cuadros del Giotto y del Perusino, con sus amores platónicos ocultos en beatíficas alegorías, parecidos á los que inflamaron el corazón del Dante y el del Petrarca, con sus imágenes tan vagas como las ficciones de un sueño y tan transparentes como la claridad de los cielos, en donde, sin embargo, vibra tan hondamente la nota del dolor y de la melancolía del siglo; qué distancia, repito, no existe entre esta poesía casi intangible como la sombra, y la inspiración turbulenta, panteísta y sensual de Algernon Carlos Swinburne y sus secuaces, en cuyas estrofas, caldeadas por la pasión, se funden por extraño modo las hinchazones huguescas con las reminiscencias clásicas, así como todas las rebeliones, todos los rencores y todas las tempestades de la tierra! Dificil sería relacionar ambas escuelas, por tan inconmensurables abismos separadas, si una numerosa pléyade de poetas insignes no hubiese venido á llenar con la graduada varie-

dad de sus tonos líricos el espacio abierto entre la musa impiamente revolucionaria de Swinburne y la musa más apacible de Dante Gabriel Rossetti. Pero sobre todos ellos, destácase la vigorosa personalidad de Tennyson, que simboliza, cual ninguna otra, el estado de muchas inteligencias elevadas de nuestro siglo, con su ansiedad constante, sus desfallecimientos fugaces, su inagotable misericordia para los débiles y desgraciados, y sobre todo, con su resignada tristeza, propia de ese inmortal enfermo que se llama el género humano, condenado, según la doctrina pesimista, á vivir al azar y revolcándose sin esperanza de remedio en el duro lecho de su inacabable desventura.

Si el plan que me he propuesto se redujera únicamente á hacer el análisis de la poesía inglesa en su estado actual, abundantes materiales me suministraría, para realizarlo, la rica variedad de caracteres con que, como veis, se ostenta. Pero un estudio demasiado minucioso sobre el movimiento general de la Poesía lírica en la Gran Bretaña, me robaría espacio para bosquejar la expresiva fisonomía de algunos de sus señalados maestros, que si no abrazan y compendian todas las manifestaciones del genio inglés en tan importante ramo de la literatura, son, sin embargo, su representación más alta.

El primero de todos, por su antigüedad y fama, es el venerable Tennyson, que inclina la cabeza bajo el peso de los años y de los laureles. Es este poeta célebre el vínculo de unión entre el ciclo byroniano y la edad presente. Sus primeros pasos en la senda del arte fueron tímidos é inciertos, y en sus composiciones juveniles descúbrense á cada

paso reminiscencias de sus autores favoritos, singularmente de los *poetas laquistas*, que tanto influyeron á fines del siglo pasado y principios del actual en el desarrollo literario de Inglaterra. Poco satisfecho del éxito que lograron sus primeros ensayos, tuvo bastante fuerza de voluntad para guardar silencio durante diez años, al cabo de los cuales el águila ya crecida, habiendo encontrado los verdaderos elementos de su inspiración, levantó majestuosamente el vuelo, libre de las ligaduras que la habian encadenado. Puede decirse que desde entonces entró en la plenitud de su gloria. Todavía en algunos de sus poemas, como en el indignado canto de *Locksley-Hall*, resuena, aunque muy apagada, la nota personal de Byron; pero en el conjunto de los dos tomos que dió á la estampa en 1842, se hallan ya diseminados los gérmenes de su poesía, tan varia, tan dulce y tan armoniosa. Anunciase en la *Muerte de Arturo* el poeta épico que posteriormente habia de suspender el ánimo de sus compatriotas con los arcaicos, pero maravillosos *Idilios del Rey*, en donde evoca, con la magia incomparable de su estilo, las damas ideales y los caballeros sin tacha de la famosa Tabla Redonda. *In Memoriam*, breve colección de poesías dedicadas al recuerdo de un amigo querido, el hijo del renombrado historiador Hallam, muerto en la flor de la edad y de sus esperanzas, es el arranque impetuoso de un alma inquieta, que fatigada de andar á tientas entre las sombras de la duda, busca, aunque sin dar con ellos, los caminos de la fe. *El roble que habla*, las *Dos voces*, *Dora* y la *Reina de Mayo*, son como la entrada triunfal que hace el autor en los dominios de la poesía íntima, llena

de ternura para todos los dolores con que los desasosiegos de nuestro espíritu, jamás apaciguados, y los rigores de la naturaleza impasible nos acosan y atormentan. Los ayes de la pobre doncella tísica, cuyas doradas ilusiones de amor desvanece la muerte, precisamente, para mayor sarcasmo, en los días en que nuestra fría é insensible madre la tierra engalana su seno con las más hermosas flores primaverales; y la conmovedora historia del rudo, pero noble marino *Enoch Arden*, que se salva del naufragio del mar para perecer en el naufragio de su corazón, cuando al volver de la solitaria roca en que por largos años le tuvieron aprisionado las olas, encuentra ocupado por otro hombre su puesto en el hogar, en el cariño de su mujer y en la memoria de sus hijos; estos dos interesantes poemas, en los cuales las víctimas inocentes de inmerecidas desdichas sucumben amando y bendiciendo la mano invisible que las hiere, revelan entero el pensamiento filosófico de Tennyson y el estado de su conciencia.

Circula por ambas composiciones, y más ó menos por todas las que ha escrito en el mismo género, un hálito de melancolía y resignación que, sin llevar el consuelo al afligido, le predispone, sin embargo, á la calma. Hay en el fondo de ellas, ¿para qué negarlo? cierto dejo de desesperación tranquila, muy contagioso en nuestro siglo, en el cual tantos corazones, cansados de luchar en las batallas del mundo, buscan en su mismo recogimiento, no la dicha en que no creen, sino el reposo que la turbación de los tiempos les niega. Almas estóicas, más que egoístas, hacen como el esclavo que, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos

contra el poder de un amo implacable, gime en silencio con los desgraciados que participan de su suerte, porque no ha perdido su generosidad ingénita, pero se doblega sin resistencia, sin odio y sin cólera á la dura servidumbre. Tennyson es el poeta de la compasión, no el poeta de la esperanza. Aunque claramente no lo diga, á veces se trasluce en sus obras, ya en algunas frases sueltas, ya en exclamaciones que, mal de su grado, se le escapan, su falta de fe en la felicidad humana y acaso en la piedad divina. Tal vez abriga el triste convencimiento de que la humanidad está sentenciada desde su origen hasta el día sin sol en que se agoten en nuestro planeta las fuentes de la vida, á seguir su curso tumultuoso bajo la inclemencia de la Naturaleza y la indiferencia del cielo; pero esta convicción no le irrita, ni le exaspera, ni despierta en él los instintos de la fiera incesantemente acorralada; antes al contrario, acrecienta en su corazón el amor hacia los que sufren el común infortunio de la existencia, y parece como que les dice en sus dulcísimos cantos: ¡Hermanos míos, nuestro mal es irremediable! ¡Llorad y someteos!

Notable contraste forma, según os dije, el genio triste y sereno de Tennyson con la inspiración de Algernon Carlos Swinburne, que capitanea en el orden literario la falange revolucionaria y materialista en la Gran Bretaña. Este poeta no es un resignado, sino un rebelde que con alborotado acento lírico enciende la sangre, pisotea el principio de autoridad y se revuelve contra Dios. Hay algo de atroz en su Musa, ébria y lúbrica como una cantante. Enamorado hasta el delirio de la revolución social, abrasado en ira contra Cristo, sintiendo to-

dos los acicates de la concupiscencia y todas las delectaciones de la crueldad, Swinburne canta algunas veces como habrían cantado Nerón y Calígula si hubiesen sido poetas; pero en una forma espléndida, llena de cláusulas sonoras y de plasticidad tan perfecta, que recuerda las más admiradas estatuas del arte griego. En sus poesías el *Himno del hombre*, *Ante un crucifijo* y *Mater dolorosa*, *Mater triumphalis*, su impiedad sistemática y su furor contra Dios tocan en los límites de la epilepsia, así como en su poema dramático titulado *Atalanta en Calydon*, y sobre todo, en *Anactolia*, la pasión impura, el sensualismo pagano, el desbordamiento erótico adquieren proporciones monstruosas y rugen como bestias feroces hambrientas de carne viva. Es imposible que podáis imaginaros, no leyéndolos, los arrebatos con que estalla este frenesí amoroso que se parece á la locura, y si bien con las debidas atenuaciones, me habéis de permitir que traslade á mi discurso la menos escabrosa y cruel de sus estrofas, siquiera para defenderme ante vosotros mismos de la nota de exagerado. —«Pluguiera á Dios—dice en *Anactolia*—que mis labios inarmónicos no fuesen más que labios unidos á los encantos acardenalados de tu blanco y flagelado seno; que en vez de nutrirse con la leche de las Musas, se alimentaran con la dulce sangre de tus ligeras heridas.....; que pudiera beber tus venas como vino y comer tus senos como miel; que de la cabeza á los pies tu cuerpo se anoadara y consumiera en el fuego del amor, y que tu carne se absorbiera con dolorosos estremecimientos en la mía.» Basta lo expuesto para que se comprenda el carácter, el sentido y las aberraciones de

este poeta peligroso, que si obedeciera sólo á los impulsos de su genio arrebatado, si no le contuviera la sólida educación clásica que ha recibido, si no cubriera las desnudeces de su Musa desgrefñada con la refulgente túnica de un estilo prodigioso, no habría conseguido, de fijo, en la meticulosa sociedad inglesa el alto lugar que ha conquistado, no sin protesta. Y paso, porque el deseo de molestaros lo menos posible me obliga á marchar de prisa, á ocuparme en el examen de otro poeta, Dante Gabriel Rossetti, iniciador de la escuela *prerafaelista ó estética*, el cual ofrece, á lo que entiendo, el caso de atavismo literario más curioso y digno de estudio que registra la historia.

Rossetti, como indica su apellido de origen italiano, es hijo de un célebre escritor de Nápoles á quien las borrascas políticas y religiosas de su patria forzaron á emigrar á Inglaterra, en donde se convirtió al protestantismo y tomó carta de ciudadanía. Nacido en el seno de una sociedad hostil como la inglesa á las pompas del catolicismo, y educado en edad poco dada á los místicos arroba-mientos, Gabriel Rossetti salta psicológicamente, sin embargo, por encima de las creencias de su país y de su tiempo, y cediendo á los impulsos de la sangre italiana, retrocede en su semejanza intelectual y artística, no á sus abuelos próximos, sino hasta sus antepasados de los siglos xiv y xv. Ni las frías negaciones de nuestros días, ni la incredulidad burlona de la anterior centuria, ni las austeridades de la Reforma que había abrazado con toda su familia, ni los resplandores del Renacimiento leontino detienen su marcha retrospectiva, y cuando llega, atropellando por todo, al término de su carrera,

siéntese arrebatado por las visiones apocalípticas del Dante, cae en los éxtasis de Fiessoli, y cierra los ojos deslumbrado ante las creaciones del Giotto. En compañía de estos muertos gloriosos anda, como ellos piensa, con ellos siente y en su estética se inspira. Es un rezagado de la vida, que traspasando los siglos desvanecidos, cruza por el nuestro con el alma cargada de apariciones beatíficas y de alucinamientos celestes. La sorpresa que causó en el mundo de las letras y de las artes este recién llegado de los postreros días medioevales, fue inmensa; su único tomo de versos, titulado *Poemas*, alcanzó éxito extraordinario, mezcla de curiosidad y admiración, y de la noche á la mañana vióse proclamado apóstol y jefe de escuela. ¿Cómo no habían de maravillarse, no obstante su sentido arcaico, aquellas figuras de mujer, transparentes como las imágenes pintadas en los vidrios de las catedrales, casi incorpóreas, ceñidas de blancas túnicas flotantes como ráfagas, con la frente orlada de flores místicas y los largos cabellos, parecidos á la espiga madura, cayendo en rizadas ondas por sus espaldas; suaves, esbeltas, y como para velar sus angélicas perfecciones á los ojos profanos, medio envueltas en nubes de incienso? El sentimiento del amor que despiertan estas creaciones indecisas es tan puro como el sueño de un niño; nada hay en él que estimule los apetitos de la materia, y más que el ardiente deseo de los sentidos, es como una tibia evaporación del alma. El poema *La Doncella bienaventurada*, donde se destaca la imagen de la casta y amantísima joven que, inclinándose por fuera de la balaustrada del cielo, ve melancólicamente pasar ante sus ojos, como espirales de humo, los espiri-

tus desprendidos de la existencia terrena, y llora cuando se persuade de que no asciende entre ellos su tierno bien amado, aun no libre del destierro de la vida; este singular poema, iluminado por los resplandores de la gloria, en donde se siente el aleteo de los querubines, el ritmo de los astros y el acordado canto de las vírgenes que rodean el trono de María es, á juicio mío, la manifestación más hermosa del genio de Gabriel Rossetti. Transpira de sus delicadas estancias, como un perfume, la nostalgia de los cielos, el afán de volar hacia esa región de venturas eternas á donde van los que, según su feliz expresión, *nacen cuando mueren*, y desde donde creía que estaba llamándole sin cesar la única y santa mujer á quien había amado en la tierra.

Debo hablaros también, para completar mi reseña, de un anciano poeta, cuyo estro, contrariando las leyes de la Naturaleza, se ha desarrollado y crecido con los años: me refiero á Roberto Browning. Casi octogenario, ha conseguido atraer hacia las obras que escribe sentado ya en el borde del sepulcro, la atención y el entusiasmo de sus compatriotas. Ningún escritor contemporáneo ha tenido más comentadores que él, y quizás por esto mismo no participo de la admiración que en muchos ingleses provoca. Creo yo que los poetas, y más en esta edad positiva en que todá alegoría ha perdido su valor y todo misterio su encanto, no deben escribir para ser explicados, sino para ser sentidos. Browning, gravemente preocupado con los problemas filosóficos y sociales, se hunde con frecuencia en sus abstracciones, como en un mar sin fondo; es difuso y poco claro, principalmente para los que hemos nacido en estas benditas tierras del Medio-

día, donde la idea, para que llegue á nuestra conciencia, es menester que vaya impregnada de luz.

Estragadas por las exigencias del público universal, más ávido de gustar el acre sabor de la novedad, por repugnante que resulte, que de deleitar su espíritu con obras de verdadero mérito, las letras, y por tanto la Poesía, atraviesan en Francia por un período de lamentable confusión. Reconozco que el deseo de excitar por cualquier medio la curiosidad del lector indiferente ó haziado es dolencia general en todas las literaturas de Europa; pero en la República vecina, donde la producción es tan enorme, el mal reviste excepcional importancia. Los mercaderes no sólo han invadido, sino que se han apoderado del templo; en él bulle, gesticula y vocifera una turba codiciosa de dinero, con más amor al negocio que al arte; y si es cierto que hay todavía escritores eminentes, poco dispuestos á sacrificar su nombre y su conciencia en aras de una reputación tan malsana como productiva— ¡lástima sería que no los hubiera!—no lo es menos que el inmoderado afán de lucro ha trastornado en Francia muchos cerebros y muchos corazones.

Dios me es testigo de que no me asusta ninguna doctrina, por atrevida que sea; participo ó no de ella, y la defiende ó la impugno con la vehemencia que nace de mi temperamento; pero la tolerancia está tan arraigada en mí, que nunca se me ha ocurrido reclamar para la que me desagrada, ni siquiera para la que me indigna, los rigores de la proscripción, porque firmemente creo que las ideas, como los hombres, tienen sagrado derecho á la vida. Cuando son falsas ó absurdas, cuando no satisfacen las necesidades del espíritu ó van contra la ley na-

tural, ellas se mueren sin necesidad de que la policía las persiga, el tribunal las juzgue y el verdugo las extermine. Sólo pido á aquellos que las profesan sinceridad y buena fe, y esto es, por desgracia, lo que más escasea, no sólo en la Poesía, sino en todos los ramos de la literatura francesa contemporánea. Los escritores de París, que es el bazar intelectual del mundo, fabrican libros como cualquier otro artículo de comercio, más atentos al gusto del comprador que al suyo propio; no se cuidan de lo que sienten, sino de lo que sienten los demás, y según son los caprichos del mercado, así producen obras groseras ó pulcras, sentimentales ó inmundas. La cuestión para ellos es vender, y vender mucho, y vender pronto. Sin ir más lejos, Zola, el apóstol del naturalismo experimental, el enemigo encarnizado de toda ficción que no arranque de las entrañas de la vida, exagera su propio sistema porque no le siente, extrema la fría obscenidad de sus obras porque carece de ella; y como hay en su ser algo que es refractario á los mismos principios que proclama, á lo mejor, infringiendo los cánones de la escuela que ha fundado, se le escapa el acento idílico en la *Culpa del abate Mouret*, el simbolismo en *Nana* y la nota romántica en los últimos capítulos de *Germinal*. El poeta Richépin, en cuyo corazón hay un fondo de delicadeza que en vano pretende ocultar á los ojos del observador discreto, sufre la fascinación del éxito ó los halagos de la codicia, y lanza sus *Blasfemias* á los vientos del escándalo; pero como no escribe lo que piensa, ni expresa lo que siente, sus apóstrofes son pueriles como las amenazas de un chico, su impiedad es de relumbrón como los telones de un teatro, y su lascivia es la de

un colegial que se la echa de corrido; sucia y mal hablada. Comparad, señores, el vocinglero aturdimiento con que Richepin increpa á Dios y se revuelve contra las leyes divinas y humanas, con el lenguaje plácido y majestuoso en que Shelly expone su ateísmo y Leopardi su amor á la Nada, y decidme francamente si al mismo tiempo que excitan vuestra risa las maldiciones ruidosas y las protestas campanudas del vate francés, no sentís que los cantos sublimes de aquellos insignes poetas os traspasan el corazón como una espada. ¿Y sabéis por qué? Porque de éstos rebosa la verdad de una convicción, quizás equivocada, pero profunda, y en las estrofas de Richepin, el *negocio*; porque las unas son el grito exhalado de dos almas atormentadas por su propia incertidumbre, y las otras, cualesquiera que sean sus primores, no son más que un artículo de última moda, artificiosamente preparado por el instinto de la especulación. Vuelvo á repetirlo: el ansia de alcanzar la notoriedad á toda costa, como el mejor camino para llegar rápida y fácilmente á la fortuna, ha perturbado en Francia los entendimientos más claros, y es el origen, no sólo de su corrupción intelectual, sino de las extravagancias apenas concebibles en que va insensiblemente cayendo.

Ahí está, para no dejarme mentir, entre otras muchas sectas poético-artísticas á cual más alambicada, la llamada *escuela del decadentismo* (según ella misma se apellidó, en un arranque de raro buen sentido), que como legítima heredera de los refinados *parnasianos* y adoradores de la *rima rica* en oposición á la rima natural, priva hoy entre la juventud poética de la nación vecina, publica revistas en

donde insulta con gallardo desembarazo á todos cuantos contradicen sus tendencias, é inunda el mercado de tomos de versos tan absurdos por su fondo como por su forma. No recuerdo género alguno de gongorismo que se acerque al de estos iniciadores, de cuyo crisol me temo que salga la poesía del porvenir, si Dios no pone remedio, tan clara como la noche, tan expresiva como la muerte y tan musical como el silencio. Ellos han descubierto, después de madura reflexión, que las palabras tienen una doble naturaleza simbólica hasta ahora no sospechada, y que no son tan sólo, como se había creído, la túnica con que el pensamiento se exterioriza, sino color, perfume, nota musical y forma. Hay, según os maestros de la nueva doctrina, palabras *rojas*, palabras *azules*, palabras *amarillas*, palabras *verdes*, *violáceas* y de todos los matices; las hay también *ondeadas*, *rectas*, *circulares* y *planas*; existen otras que esparcen la fragancia del jazmín y de la violeta, ó el olor del mar y de la tierra húmeda, y finalmente, hay otras con bastante tonalidad para solicitar un puesto por derecho propio en el pentágrama. Con todos estos elementos, hábilmente combinados, es fácil, no sé si decir crear ó escribir poesías en las cuales, sin que el lector se tome la molestia de leerlas—será el colmo de la felicidad—conozca de qué se trata, y sepa, si la escena pasa en un jardín, qué árboles le dan sombra, qué flores le esmaltan, qué armonías le pueblan, qué cielo le cubre y qué personas le animan. Pedir más es gollería; como que cogiendo cualquier mortal el volumen de uno de estos vates quintaesenciados puede saturar su alma de poesía, sin más que mirarlo, palparlo y olerlo.

Pero por dicha, y en medio de la confusión originada por el exceso de la competencia, Francia, gloriosa madre de grandísimos ingenios, puede mostrar á la consideración y el respeto de las gentes, escritores, artistas y poetas de inestimable valía. Mas aun suponiendo que atravesase en estos momentos por un periodo de relativa esterilidad, la tierra que en la sucesión de tres centurias ha dado al mundo tantos y tan excelsos maestros en todas las esferas de la actividad humana, tiene derecho, sin menoscabo de su fama, á reposar de su largo alumbramiento. No cuenta Francia en la hora presente con poetas de la talla gigantesca de Víctor Hugo. El eco, cuyas últimas vibraciones repiten el acento ensordecedor de aquel genio singularísimo, fecundo y desigual como la misma Naturaleza, donde caben á la vez, en sintética unidad, lo bello y lo deforme, lo grande y lo pequeño, lo sublime y lo monstruoso, ahoga y apaga aún con su resonancia póstuma las voces de los demás poetas franceses. Á semejanza de los ríos caudalosos que, impulsados por la fuerza de su corriente, entran en el mar y prolongan largo trecho su marcha por encima de las olas, todavía aquel desordenado é impetuoso raudal lírico flota y resuena sobre el abismo de la eternidad en que con tanto estrépito se ha hundido. Es preciso, pues, para apreciar con imparcialidad debida el valor y la importancia de los poetas franceses del último tercio de nuestro siglo, apartar ante todo la memoria, no tanto de la estatura real, cuanto de la que la multitud fanatizada atribuye aún al coloso, ó más bien, al ídolo que ha perdido.

Empezaré mi ligera reseña por Leconte de Lisle,

heredero de Víctor Hugo en la Academia Francesa, así por sus merecimientos propios como por la recomendación especial del maestro; cosa, en verdad, extraña, porque su protegido simbolizaba la reacción más radical contra las exageraciones románticas, que habían poblado el teatro, la novela y la poesía de seres imaginarios, inverosímiles y absurdos. Mentira por mentira, ficción por ficción, Leconte de Lisle había preferido la helénica, donde al menos encontraba el arquetipo de la belleza eterna y la serena plasticidad de la forma.

Pero él también extremaba su sistema, imprimiéndole el carácter de una impersonalidad absoluta, donde toda nota humana se desvanecía, é imponiendo á la Poesía, en su deseo de devolverla el reposo que había perdido, la rígida inmovilidad de la muerte. Hay en la obra de Leconte de Lisle magnitud de pensamiento, corrección de líneas, nunca superada, riqueza en las descripciones, número en el metro y abundancia en la rima; lo único imposible de hallar en ella es la vibración de la vida. No conozco en literatura alguna poesía más monumental que la que someramente juzgo; algunas de sus descripciones, acaso las mejores, parecen altos relieves de la Hélade ó de la India; sus figuras, sin músculos, sin nervios ni sangre, tienen la quietud y el pulimento de las estatuas de mármol, y cuando considero la obra en conjunto me produce el efecto que me causaría un templo magnífico en donde no habitan ni dioses ni hombres, iluminado por un sol esplendoroso que no calienta. Confieso, pues, que ando perplejo y sin saber cómo formular un juicio concreto sobre este escritor insigne,

cuya fría grandiosidad, semejante á la de una cumbre nevada, me impone respeto, pero no me atrae ni me conmueve.

La veneración que á Leconte de Lisle inspira el arte griego en su primitiva belleza, llega hasta la idolatría y le conduce hasta el extremo de calificar de bárbaras todas las obras del ingenio humano que no se ajustan exactamente al molde de Homero y de Esquilo. Podría afirmarse que para él la tierra quedó desierta, el cielo silencioso y la Naturaleza inerte desde que aquellos excelsos poetas callaron.

Extranjero en su propio siglo y ajeno á todas sus agitaciones, gózase ahondado en los misterios de las teogonías antiguas, y mira con tan altivo desdén el trato de los mortales, que sólo le place pasear con los dioses, ya bajo los pórticos atenienses, ya en las sagradas selvas del Indostán, ó ya entre las brumas tempestuosas del Norte. En este punto, su frecuente comunión intelectual con la mitología, y sobre todo, con los adoradores de Brahma, ha impregnado su poesía de un sentimiento panteísta que corresponde, aunque sin desesperación ni amargura, á las tendencias del pesimismo contemporáneo: el deseo de eterno reposo en el seno de la Naturaleza, á la vez absorbente y creadora, en donde toda voluntad se anula, el hombre deja de ser hombre y acaba al fin por confundirse con la divina esencia de la sustancia universal.

Mucho original ha escrito y mucho ha traducido Leconte de Lisle; pero las obras que le han granjeado sólido crédito en la república de las letras son tres tomos de versos en los cuales ha reconcentrado su estética reformadora: los *Poemas an-*

tiguos, los *Poemas bárbaros*, y los *Poemas y Poetas*. Leconte de Lisle no es popular, no obstante la alteza de su numen, y se explica bien que no lo sea. Su alejamiento voluntario y hosco de las realidades de la vida, llevado á sus últimos límites, le aísla entre la muchedumbre, á quien habla en un lenguaje que ésta no entiende. Si de pronto sobreviniese la ruina total de nuestra civilización á consecuencia de un cataclismo tan violento como la irrupción de los bárbaros, y si pasada la tempestad las generaciones futuras, al tratar de reconstituir de nuevo para la historia aquella sociedad arrasada por la catástrofe, tropezaran entre los escombros con las obras perdidas del poeta, cuyo perfil he trazado, difícil sería que pudieran averiguar por el contenido de ellas, el tiempo, el lugar y las circunstancias en que su autor había florecido. Hasta tal punto es impersonal é indiferente.

Francisco Coppée, miembro desprendido del *Cenáculo Parnasiano*, cuya influencia sólo se deja sentir en él por su refinado amor á la rima nítida y acendrada, es, á pesar de haber figurado en los primeros años de su juventud entre los más fervorosos discípulos de Leconte de Lisle, el poeta que antes se apartó del espíritu y de los procedimientos de su maestro. Leconte de Lisle husmea su inspiración entre los escombros del Olimpo devastado, Coppée la encuentra en la bullente variedad de la vida contemporánea; á Leconte de Lisle sólo le agrada, como he tenido ocasión de manifestaros, conversar con los dioses, á Coppée le atrae la dulce intimidad con los humildes y los desheredados de la tierra; Leconte de Lisle es impasible como la fatalidad griega, y Coppée tierno y conmovedor como un

raudal de lágrimas. La popularidad de este poeta, que cifra su mayor gloria en ser sencillamente humano, es grandísima, habiendo llegado hasta nosotros, merced á la excelente traducción que de algunas de sus obras ha hecho uno de los más jóvenes cultivadores de la Musa española. Esto, en cierto modo, me dispensa de entrar en más pormenores acerca del autor de *El Relicario*, de las *Intimidaciones*, del *Confiteor*, de la *Huelga de los herreiros* y de tantas y tantas joyas en que la emoción desborda como el licor de una copa demasiado llena; pero no sin que reconozca, antes de pasar á otro asunto, la justicia con que ocupa el primer puesto entre los poetas franceses de la nueva generación.

Con pena prescindo de hablar del delicado, melancólico y profundo Sully Prudhomme, cuya Musa comparte con la de Coppée los favores del público francés, así como de otros poetas que merecerían, si el espacio no me faltara, el afectuoso saludo de mi crítica. Pero mi trabajo, que daría materia para un volumen, crece como la marea bajo mi pluma, y bien á mi pesar, me veo constreñido á proseguir en mi tarea, espoleado por la urgencia, que no me consiente siquiera fijar los ojos en las muchas y aromáticas flores con que las Musas alfombran mi camino. Diré, sin embargo, para concluir, que la índole de la Poesía francesa es hoy, en general, algún tanto nerviosa y afeminada; que el tono elegíaco y amargo predomina demasiado en ella, como es natural, aunque sensible, que suceda en una sociedad donde el árbol de la esperanza va quedándose desnudo de hojas, y por último, que si no renuncia á sus sutiles atildamientos está expuesta á rodar hasta el fondo de su ya iniciada decadencia.

Voy, pues, cumpliendo mi empeño, á formular mi opinión sobre la literatura rusa, en particular sobre la poesía, que han sido hasta ahora poco conocidas, pero que empiezan á excitar, no sin razón, la curiosidad de Europa. Los tenebrosos crímenes que han ensangrentado y ensangrientan el vasto imperio moscovita, cometidos por algunas de sus innumerables sectas religiosas, políticas y sociales, cuya formación se debe, quizás por iguales partes, á los rigores del clima, á las asoladoras doctrinas del materialismo contemporáneo, á los estragos morales ocasionados por una prolongada opresión, y á los alucinamientos místicos, propios de una raza semiasiática, y, sobre todo, el exaltado patriotismo francés, que deseoso de contar con el eficaz auxilio de Rusia, en la contingencia de guerras más ó menos inmediatas, pero seguras, acaricia, abulta y ensalza cuanto procede de tan lejana región, son, ó mucho me engaño, las causas que más contribuyen á despertar la atención del mundo sobre los sucesos, las obras y los hombres de aquel Estado colosal.

¡ Ay! hace mucho tiempo que en ese inmenso calabozo, sin aire y sin luz, la Poesía, si no ha muerto, ha enmudecido. En los albores de nuestra centuria, cuando las ideas de libertad y progreso, llegaron en las puntas de las bayonetas de Napoleón I, hasta el corazón de Rusia, la Poesía sintió de improviso correr por sus debilitadas venas el fecundo torrente de la sabia primavera. Dos inspirados jóvenes, que había amamantado la musa de Byron, entonces dominadora, abrieron con páginas de oro el libro de la lírica rusa, tal vez poco original en un principio, pero exhuberante y desordenada como la

vegetación de los trópicos. Era la hora de las ilusiones. Pero pronto el cansancio de una lucha estéril contra la resistencia cada vez más obstinada de las clases populares á entrar en el concierto de las naciones de Occidente, y la brutal persecución con que el despotismo se impuso á las tendencias innovadoras, apagaron el ardor de la juventud inteligente que había soñado con la regeneración de la patria. El menosprecio en que fueron cayendo los principios que tan calorosamente había abrazado la parte más ilustrada de la sociedad moscovita, el espectáculo de los demás pueblos de Europa, desgarrados por las facciones, y algunos años después, las consecuencias de la guerra de Crimea, que enardecido el patriotismo de la multitud, afirmó en la opinión y en el poder el predominio del viejo partido ruso, opuesto á todas las reformas, torcieron la dirección que aquel pueblo había parecido tomar, y la Poesía, principal promotora del movimiento fracasado, se encerró en el silencio más absoluto; porque las aves, cuando están tristes, no cantan.

Desde entonces hasta nuestros días, la enfermedad intelectual y social de Rusia ha ido agravándose, y bajo el yugo de un despotismo incurable, podría decirse que el pueblo ruso se ha vuelto loco. Su facultad soñadora se ha atrofiado, ¿quién sueña entre los horrores del tormento? y la actual generación ha renunciado por completo en sus relaciones con la autocracia á toda idea de transacción y de paz; de suerte que ya no hay en Rusia más que rebeldes ó resignados. Aguijoneada por los dolores cada vez más intensos del mal que la aqueja, no siente los placeres de la imaginación, ni encuentra

en ellos lenitivo á sus crecientes angustias; busca remedios, remedios por todas partes, remedios á toda costa, y su literatura, respondiendo á esta necesidad generalmente sentida, se ha transformado en inmenso laboratorio donde todo se sujeta al análisis, al experimento y á la disección. Pero á medida que adelanta en su estudio, su esperanza ya amortiguada, va desvaneciéndose más, y el materialismo y el nihilismo van apoderándose de su conciencia. ¿Qué le importa un Dios, impotente para cicatrizar el cáncer que la aniquila? ¿Qué amor puede tener á una sociedad en cuyo áspero engranaje, siempre en movimiento, deja deshechos su cuerpo y su alma? Cuando un pueblo llega á tal estado, no tiene razón de ser la Poesía; el único género posible en su literatura es la novela social, disecadora y realista, donde le sea fácil ver y comparar hora por hora, minuto por minuto, los síntomas y los progresos de su cruel dolencia.

Un poeta ¡uno solo! consigue todavía en medio de esta espantosa tribulación de los espíritus, hacerse oír con respeto de sus conciudadanos, y su voz, que permanece fiel á los altos destinos de la Poesía, es voz de confortación y confianza. Apolo Maïcof, poeta esencialmente cristiano, se levanta con serena filosofía sobre el mortal desaliento ó la ira demoledora, y condena ambos extremos como manifestaciones distintas de un mismo mal: la debilidad del ánimo. Saber resistir, saber perdonar, y en último caso, saber morir, son para él los supremos problemas de la vida. El drama *Tres Muertes*, que pasa por ser una de las obras maestras de Maïcof, desenvuelve en forma enérgica y concisa este pensamiento, que después vuelve el

autor á reproducir con mayor riqueza de pormenores, en otro poema del mismo género, titulado *Los dos mundos*. En el primero de estos dramas, no escritos para el teatro, el filósofo Séneca, el epícuero Lucio y el poeta Lucano, complicados en una conspiración y condenados por Nerón á muerte, conversan por última vez mientras llega la hora del sacrificio, y expone cada cual, con admirable claridad, sus opiniones, sentimientos y creencias. Séneca, impasible, proclama en un arranque lírico de extraordinario vuelo la inmortalidad del alma; Lucano duda, se desespera y procura, aunque inútilmente, su evasión, y Lucio interviene en el diálogo de sus compañeros, ó mejor dicho, le corta con sus escépticas y sarcásticas interrupciones. Un alumno predilecto de Séneca entra á verle á la sazón; refiere que una esclava ha sufrido las mayores torturas sin delatar á ninguno de los conjurados, y Lucano, al oírle, pasando, como todas las almas débiles, del decaimiento á la exaltación, teme parecer más cobarde que una misera sierva, y en un arrebato de ira se da la muerte. Lucio, sin ilusiones y sin fe, muere burlándose como ha vivido, y sólo Séneca, que representa en este poema la fortaleza del varón constante, se salva. Antes de que este inesperado desenlace termine la obra, Séneca exclama con ánimo sereno: «He perseguido en mi vida un solo fin, difícil de alcanzar: toda ella ha sido para mí hasta ahora una escuela de moral, y la muerte será mi última lección. Es esta una letra nueva en el eterno y extraño alfabeto de lo desconocido; es como el principio de una causa infinita cuyo sentido misterioso empiezo á desentrañar. Mi camino ha terminado, ¿qué importa? Por la vida se

va á la eternidad, y ya columbro desde el umbral de la noche, la aurora de nuevas existencias. No estoy al borde de la muerte, sino al borde de la resurrección.» El mismo tema renace, como os he indicado, en los *Dos Mundos*, que, según la opinión unánime de la crítica, es la obra capital de Maïcof: sólo que el problema se plantea, no ya entre algunas víctimas cuidadosamente escogidas por la tiranía, sino en el ancho escenario de la humanidad, y entre dos civilizaciones rivales. El poeta pone frente á frente la vieja y materializada sociedad romana, en cuya inteligencia se han extinguido todas las energías morales, y la humilde legión de Cristo, reclutada en las ergástulas, escondida en las catacumbas y diezmada en los circos; pero sobre la cual ha descendido el espíritu de Dios. Desarróllase el grandioso cuadro durante las horribles persecuciones neronianas, que alcanzan con tanta furia á los oprimidos como á los opresores, y unos y otros, aventados por la demencia del déspota, van, como leve hojarasca, arremolinados y revueltos hacia su trágico fin; pero ¡de cuán diferente manera! Los desalentados, los incrédulos y los corrompidos mueren sin dejar detrás de sí más que el rastro de su sangre, como reses degolladas en el matadero, mientras los hombres de fe, los animosos y los purificados mueren sentando las bases de una nueva y robusta civilización. ¿No es verdad que estas son las enseñanzas viriles con que la Poesía debe sacudir y despertar la voluntad enervada de los pueblos que, como el ruso, fluctúan entre la desesperación y el abatimiento? Porque, ó yo me equivoco mucho, ó no es infiltrando en la conciencia de los

hombres la idea de que la libertad moral es vago fantasma de su deseo, ni convenciéndoles de su impotencia definitiva para quebrantar las cadenas con que los esclavizan fatal é irremisiblemente las leyes de la Naturaleza, los vínculos de la sociedad, su propio organismo, la configuración de su cráneo, hasta la sangre que circula por sus venas, como se les prepara é infunde valor para las grandes batallas de la vida.

Pero me acerco al término de mi discurso, y es menester que ponga fin á mis observaciones críticas sobre algunos de los más famosos líricos contemporáneos. Con sentimiento me resigno á no emitir ningún juicio sobre los poetas alemanes Federico Rodensteds y Roberto Hemerling, que figuran en el lugar más alto del Parnaso germánico, el primero por su colección de apasionados versos titulada *Mirza Schaff*, en la cual se respiran las brisas embalsamadas de Oriente, y el segundo por sus narraciones épicas *Ashavero*, *El Rey de Sion* y *Herman Lingg*, en donde traza con gran pujanza de genio los más sombríos cuadros de la historia. Pero aun cuando no sea más, quiero aprovechar la oportunidad que se me ofrece para consagrar cariñoso recuerdo á otro poeta distinguido, nuestro buen amigo Juan Fastenrath, que tanto ha hecho por las letras españolas, popularizándolas en su patria, y que ha iluminado el cielo de la poesía alemana con un rayo del sol de nuestra hermosa Andalucía.

No obstante la presión que sobre mí ejerce el deseo de no fatigar por más tiempo vuestra paciencia, sería imperdonable que olvidase en mi desaliñada reseña al célebre italiano Josué Carducci, jefe

y maestro de la novísima escuela de Bolonia, y en quien, por rara coincidencia, se compenetran y funden la inspiración del poeta y la perspicacia del erudito, sin que cualidades, al parecer, tan contradictorias, se perjudiquen ni estorben. Carducci maneja su dulcísima lengua como si fuese blanda cera; y ha llegado á escribir como Horacio escribiría si pudiese volver á platicar con las Musas bajo las frondosas alamedas de Tibur. Enamorado de las formas clásicas como Leconte de Lisle, tiene sobre el poeta francés la doble ventaja de crear la belleza en un idioma más armonioso y flexible para el metro que el de su congénere, y el de haber abierto su entendimiento y su corazón á las tumultuosas pasiones de su siglo. Vate profundamente pagano y latino, daría la parte más preciada de su gloria por resucitar á Júpiter, si esta empresa no fuese, por lo menos, tan temeraria é imposible como la de acabar con Cristo. Sus *Odas Bárbaras* pusieron el sello á su reputación, que ya había iniciado por toda Italia con el *Himno á Satanás*, en cuyas estrofas, cortas é incisivas como un dardo, canta las excelencias de la razón, emancipada de todo yugo, y ensalza su rebeldía.

Aquí, señores, doy por terminada mi tarea. En la rápida excursión que hemos hecho por el campo de la poesía contemporánea, habréis observado la sumisa complicidad de las Musas con todas las corrientes materialistas de la época. Los más excelsos poetas se han puesto á su servicio, y las resistencias que ofrecen todavía algunos, es como la del valeroso soldado de un ejército vencido y disperso, que prefiere la muerte á la ignominia de rendir las armas. Esto revela hasta qué punto el con-

tagio se ha propagado y extendido, porque cuando la Poesía, acostumbrada á volar por las alturas, no ha podido preservarse del mal, es porque los miasmas han emponzoñado todo el aire de la tierra. Es evidente que el equilibrio de la conciencia se ha roto; que la bestia ha prevalecido sobre el ángel, y que como consecuencia de este predominio, el libre albedrío aparece cada día más confuso, cuando no más anulado. ¿Qué nos queda ya de nuestro patrimonio divino? Nada más que la incierta vida; todo lo demás nos ha sido arrebatado, y estamos reducidos á la última indigencia. Empezamos á ahogarnos en el seno de una civilización que nos deslumbra con sus inventos, sus maravillas y sus magnificencias; pero que al mismo tiempo nos roba el alma, y sentimos ya que vale mucho menos lo que nos da, que lo que nos quita. Por eso, en medio de las grandezas de nuestro siglo, el íntimo dolor va constantemente con nosotros á donde quiera que dirigimos nuestros pasos; es como la sombra de nuestro cuerpo, ó más bien, es la única almohada en donde reposa nuestra frente abrumada de pensamientos oscuros. La humanidad ha perdido sus alas, y marcha por caminos desconocidos, sin saber adónde. Pero como no puede seguir por estos derroteros, sin caer en la más desconsoladora atonía moral; como no es fácil que se resigne á perder dentro del triste fatalismo científico en que va hundiéndose gradualmente, la austera responsabilidad de sus actos, que tanto la dignifica, yo os anuncio con fe profunda una próxima y regeneradora reacción, que iniciará, como siempre, la Poesía. No sé en qué forma, no sé cuándo; pero es para mí seguro que el día menos pensado el cielo derra-

mará sobre nuestras almas agostadas, la benéfica lluvia del ideal.

No lo dudéis: la hora de la redención se acerca. Siéntese ya el batimiento de alas de la Poesía que, como celeste precursora, vendrá á calmar las tristezas del mundo con el himno inmortal de la esperanza. —Creo—nos dirá apaciguando con sus suávisimos acentos nuestras hondas zozobras —creo en la fuerza del espíritu y en las victorias de la ciencia; creo en fines altos, sacros y lejanos; creo en la fraternidad de los pueblos que, de siglo en siglo, se transmiten su pensamiento; creo en el bien, que con la blanca frente coronada de rayos, bajará á curar las heridas de las almas y á disipar las tinieblas de la tierra; creo en las flores de la esperanza que crecen en los sepulcros; creo en el progreso necesario de la humanidad hacia los eternos ideales de la justicia; creo que los hombres no están perpetuamente sometidos al error, aunque muchas veces pasen por negras aflicciones y estrechen entre sus brazos sombras vanas, antes de lograr la verdad; creo en el vuelo del alma que nunca se está quieta; creo en el libre albedrío de los hombres y de los pueblos; creo, finalmente, en Dios.

He dicho.



